

La luna del comienzo del mundo

Antonio Ferrer

Una especie de penumbra azulada se había hecho, de pronto, en la carretera, que corría entre pinos y sabinas. El anciano profesor terminó de leer el artículo “Teoría de las generaciones”, que abría las páginas del periódico, y pensó: “Los imbéciles no tienen edad”.

Iba en uno de los asientos delanteros del autobús, y oía a sus espaldas, en la parte trasera del vehículo, los juegos y gritos de tres —o quizás cuatro— niños. A ratos, incluso le parecía que el grupo infantil fuera más numeroso. Tal vez serían cinco niños y niñas, que con diverso humor y talante gritaban incesantemente.

Volvió la cabeza, pero sólo vio a una niña con mongolismo, de edad incalculable, que empujada en su butaca representaba aquel incierto teatro: las distintas voces y actitudes. El autobús, casi vacío, se deslizaba sin ruido por la carretera. Y no había duda de que únicamente hablaba la niña. No había ningún niño más, ni nadie se sentaba en ese lado. Se reprendían los personajes, se gastaban bromas, o se contaban cosas y charlaban unos con otros. No lograba saber el profesor quién entre esos seres era el mejor, ni quién el dominante.

Sin embargo, al fin pareció triunfar alguien. Cesó el juego, y la niña quedó en silencio, apretando un poco los labios y meciendo la cabeza, cual si hubiera decidido ser una niña como debían ser las niñas que viajaban en los autobuses de la comunidad.

Sintió entonces el profesor una extraña calma, y pensó que quizás fuera así la muerte.

Todavía no era de noche. Entre las nubes aparecían claros y prevalecía un segmento luminoso de luna, en un atardecer interminable.

El anciano pulsó el automático, para ordenar que se detuviera el autobús ante la alta torre del tercer bloque de la urbanización. Se bajó en la parada protegida por cristales indestructibles, y miró la luna. De niño, muy chico, se había tropezado de repente con una luna así, maravillosa y que daba tanta alegría. Iba de la mano de su padre, y veía la luna entre las casas de la ciudad, mientras cruzaban una avenida. La miraba, y daba

cortos gritos de felicidad. Tal vez nunca había vuelto a encontrarse con una luna así, tan increíble y bella, asomada al comienzo mismo de la vida. Se daba cuenta ahora, de viejo, que en aquel remoto aparecer de la infancia era tan pequeño, que su padre —aunque le llevara de la mano— no podía, desde lo alto, verle los ojos, ni ver su felicidad, distraído además el hombre por el tráfico de coches y el transitar de las personas en el cruce de peatones. Hubiera tenido que agacharse su padre, para mirarle la cara, y no lo hizo.

—No había vuelto a ver, desde entonces, una luna así —susurró y miró al autobús que se alejaba.

Tocó el pulsador del tapiz rodante.

En pocos segundos llegó a la puerta de entrada de la torre. Desde el portal, volvió a mirar a la luna, un largo rato, porque sabía que las ventanas de su residencia caían al otro lado del firmamento. Tras la aparición maravillosa de la luna de su infancia, casi nada quedaba de aquel tiempo, nada quedaba de los diversos personajes que vivieron, o que quizás aún agonizaban dentro de su cabeza, como en la niña mongólica.

Tomó el segundo ascensor de la escalera norte, y escuchó la voz grabada del aparato que le pedía que se identificara.

—Soy quien soy— dijo el anciano.

—No hay registrado ningún vecino con tal nombre —habló gangoso el ascensor—. Identifíquese. No olvide enunciar su número secreto, cifra tras cifra, por favor.

Le parecía que estaba jugando, como un niño.

—Fernando Abad Pérez, 34587 —dijo.

—Planta dieciséis ce. El elevador abrirá sus puertas dentro del living de su vivienda. Gracias, señor Abad —dijo la máquina.

Apenas cenó. Se bebió solamente dos vasos de jugo de frutas enriquecido con vitaminas, y se sentó frente al ordenador. Iba a enviar por correo electrónico una carta de amor a una mujer que no conocía personalmente. Le escribía tres días a la semana. Y aunque siempre obtenía respuesta, sospechaba la inexistencia de la mujer. Sobre todo, dudaba mucho que los datos que componían la personalidad de la mujer fueran ciertos: antropóloga, morena y joven, tal y como ella misma —o quien fuese— había descrito. También le molestaba el nombre "Anastasia" delante de un apellido largo y complicado, que él tenía que escribir letra a letra, copiándolo del índice de direcciones.

Se arrellanó en el sillón abatible que había bajo el teclado.

Aun suponiendo que la mujer existiera, no conocía su rostro. Nunca le había pedido que le transmitiese ninguna IMAGEN MIMÉTICA. "Tengo que ima-

ginármela”, pensó. Se reía cuando le ocurrían estos trabalenguas absurdos, propios del lenguaje humano. Y siempre tenía miedo de que su compañera del correo electrónico se deshiciera en el tiempo, como tantas mujeres.

Cerró los ojos, y antes de comenzar la carta le vino a la mente una escena que procedía de los años más vivos de su juventud. Calculó que debió ocurrir poco antes de comenzar el siglo XXI.

Sobre la mesa del comedor de su casa del barrio de Argüelles de Madrid, había abierto un periódico que mostraba una negra y expresiva caricatura.

Beatriz —su primera mujer, muy joven— y él, comentaban el dibujo y el texto. Era una caricatura hecha por un artista inteligente, que firmaba EL ROTO, y que trataba de comentar la tregua anunciada por una organización terrorista clandestina vasca, que funcionó durante muchos años, llamada ETA. En el dibujo aparecía un encapuchado de dicho grupo terrorista, que comenzaba a arrancarse la capucha, y decía: “TENGO GANAS DE QUITARME LA CAPUCHA, PARA VER QUIÉN SOY”.

Después de tantos años le resultaba difícil recordar los detalles del dibujo y del texto. Ni se acordaba de si aquella tregua de ETA fue la definitiva para que terminaran los sangrientos atentados. Pero la escena de esa mañana en el comedor de su casa renacía con una claridad desconcertante.

Había una luz alta y esteparia que venía del cielo de Madrid. Beatriz y él terminaron de tomarse el café del desayuno, mientras miraban y comentaban el chiste del periódico.

—Al fin nos enteraremos de quién es de veras ETA, y quién hay detrás de esas siglas —dijo Beatriz.

—Desde luego —dijo él.

—Hasta los terroristas que salgan de la clandestinidad se darán cuenta de quiénes son —insistió ella.

—Quitarse la capucha supone mucho más que quitarse la careta. No sólo para esos tipos, sino para todo el mundo —dijo él.

Abrazó a Beatriz. Estuvo un rato sin soltarla, y la acarició por debajo de la falda larga, con una abertura que se le volaba al caminar y dejaba al descubierto las piernas, suaves y tibias.

—Llegamos ya los dos tarde al trabajo —le reprendió ella.

Se separaron a la salida del chalé adosado donde vivían, y subió cada uno en su propio coche, porque iban en opuestas direcciones.

—¿Qué teoría es esa de la diferencia entre la careta y la capucha? —le gritó riendo Beatriz, desde la ventanilla del toyota, mientras arrancaba a toda velocidad.

Venía aquella escena a su memoria de viejo, y después prefería borrar sobre todo la muerte, todas las muertes. “Beatriz fue mi primera mujer no virtual”, pensó. Y le dio risa. Pero todavía se puso a darle vueltas en la

cabeza a esa diferencia entre quitarse la careta —como se decía civilizadamente— y quitarse la capucha, un disfraz terrible y primitivo. Y ya marcó en el teclado del ordenador las cifras primigenias de la selva y del origen.

Tenía un hambre horrible, y un frío que le hacía dar diente con diente, mientras desde el inmenso cielo caía la brillante luz del día sobre la Tierra. Se había adelantado hasta los espacios abiertos del mundo, lejos de las cuevas de su tribu de cazadores. Temblaba extenuado. Corría detrás de las piezas que por casualidad había visto, de lejos: una hembra, que —cargada con una de sus crías y arrastrando de la mano a otra— huía hacia la orilla del río de torrentera. Estaba a punto de alcanzarlas, cuando la hembra con la cría en los brazos saltó al agua helada, y comenzó a nadar hacia el pedregal donde estaba su guarida. La cría menor se agarraba al largo pelo de la madre, y la otra cría había quedado abandonada en la orilla. El ruido incesante del torrente llenaba todo el silencio.

Seguía, aún cegado por la luz diurna, sin acostumbrarse a tanta luz. Pero golpeó con la parte plana del hacha de piedra la cabeza de la cría, y se le echó a la espalda. Tenía un hambre terrible, y le ardía el estómago por dentro. Se detuvo un instante para morder un trozo blando de la presa, por donde no sangraba. Y luego corrió para entregar la caza a las mujeres del fuego. Salían ellas y los chiquillos, gritando de alegría. Asomaban en la primera cueva. Y dejó la pieza. Continuó hacia el interior, por donde tenía que andar a gatas, porque eran muy bajos los techos.

Ardían tres antorchas, y el fuego movía en las paredes su propia sombra, como la de alguien que no era él. Se puso a raspar, rabioso, con el buril de piedra las paredes de la cueva. Y mezcló la grasa espesa con el limo húmedo. Formaba grandes animales. Sentía como si comenzara la caza verdadera. Un ansia terrible le nacía en el alma al tocar el cuerpo apetecido de un bisonte. Palpaba los relieves de la caverna y apelmazaba sobre ellos la grasa y la sangre y los colores hasta tocar el cuerpo caliente del animal, que se movía con fuerza, ya apresado, tembloroso y vivo.

—Yo. Lo he traído yo, hasta aquí. Yo. Yo. Lo he traído. Y tenéis que rodearlo todos. Nosotros. Sólo nosotros. Es nuestro. Es nuestro y no de los no hombres —gritó.

Estaba sudando.

Apretó con la palma abierta el monitor de la realidad virtual, para mantenerse aún en los dos niveles de sensaciones.

Era ya, como tantas veces, el profesor de encendidos ojos, que explicaba al conjunto de alumnos de su clase. Pero les hablaba, al mismo tiempo que permanecía en el otro hemisferio del mundo.

—Porque, sepan ustedes, que es el mago, el artista verdadero, quien es capaz de alcanzar lo más profundamente real: el símbolo vivo que es el mundo humano. Sépanlo, señoras y señores. No se confundan y se pierdan.

Y se vio en la pequeña aula de su juventud de profesor, y luego en las repetidas pantallas de los telemaestros de la Comunidad. Al mismo tiempo iba a gatas por la cueva, con las manos manchadas de sangre. La entrada de las mujeres era un gran párpado luminoso y abierto a los ecos de la Tierra.

La niña mongólica miró la coronilla calva del señor viejo que iba delante. Sintió miedo. Y pensó que tenía que callarse, como hacían los niños bien mandados. Luego, miró por la ventanilla. Vio aquel gajo blanco y silencioso de luna, que le daba alegría. Tuvo que contener su risa.

L